

Nuevas Conferencias del Dr. C. Jinarajadasa
Vice – Presidente de la Sociedad Teosófica, 1921 – 8

- Algunas palabras de Introducción.
- La Nueva Humanidad de la Intuición.
- La Teosofía y el Destino de la Humanidad.
- El Trabajo de Cristo en el Mundo de Hoy.
- Agentes de Dios: Los Niños

Editado por la Rama H.P.B para
DISTRIBUCIÓN GRATUITA
Lima, Perú
1938

Algunas palabras de Introducción

En el mes de Agosto último, pasó por esta capital (Lima) el Dr. Carlos Jinarajadasa, notable filósofo hindú y miembro conspicuo de la Sociedad Teosófica, quien hacía una jira por Sud América, con el objeto de dar algunas conferencias en las principales ciudades del Continente. Fue su intención permanecer algunos días entre nosotros con el mismo fin; pero circunstancias que no es el caso de mencionar aquí, se lo impidieron y sólo permaneció en Lima unas pocas horas, durante la estada en el Callao del vapor que lo conducía al Norte, privando a los muchos que le esperaban de satisfacer el anhelo de escuchar su palabra.

Pero, si no pudo el Dr. Jinarajadasa cumplir su deseo de hablarnos, nos dejó, en cambio, la serie de conferencias que pensaba dar, adquiriendo la Rama "H.P.B" de la Sociedad Teosófica de esta capital el compromiso moral de hacerlas publicar, compromiso que hoy cumple modestamente ayudada con la cooperación de algunas personas e instituciones a las cuales expresa, desde aquí, su agradecimiento.

No es necesario que hagamos la presentación del Dr. Jinarajadasa. Aún está vivo el recuerdo de su anterior estada en esta capital, en Abril de 1929, cuando dictara una serie de conferencias que movieron poderosamente el ambiente intelectual y social de Lima, llenando con una multitud de ávidos oyentes la sala del Teatro Segura como nunca se había visto antes.

Las cuatro conferencias que hoy publicamos se ocupan de otros tantos tópicos de actualidad vistos por el eminente pensador a la luz de la filosofía teosófica. Sus puntos de vista son sumamente hermosos, porque trata de hacernos conocer la manera de encarar los distintos y difíciles problemas de nuestra época, dentro de las leyes de la evolución, haciendo un llamamiento a la comprensión de los Hombres de todo país, raza y religión para solucionarlos en todos sus aspectos; religioso, social, educacional, etc., en un momento de la historia del mundo en que se exacerban por doquiera los nacionalismos exagerados, las luchas de raza, las competencias económicas y otros problemas que amenazan con dar al traste con nuestra civilización ya caduca e incapaz de encontrar el camino que la conduzca a la salvación de la Humanidad que sufre tanto más, cuanto más ha esperado de esa misma civilización.

Lima, Noviembre de 1938

Los Editores.

La nueva Humanidad de la Intuición

El mundo en que hoy vivimos es un mundo trágico. Cada país tiene sus tragedias nacionales, como ocurre cuando una guerra subvierte la economía o cuando un terremoto causa la destrucción en gran escala; pero lo que normalmente queda circunscrito por los límites de una nación es hoy lo característico del mundo entero. Vosotros, que leéis la prensa diaria, sabéis algo de esta tragedia de un mundo entero, en trabajoso afán. Por doquier hay paro forzado; la pobreza es un problema siempre planteado; todas las naciones viven perturbadas por la posibilidad de una guerra, y los estadistas están perplejos acerca de lo que deberían hacer. Parece como si a la Tierra toda la hubiese sacudido un violento terremoto y todo el mundo estuviera aturdido sin saber qué hacer. Y esta trágica situación existe a pesar del general progreso, especialmente en el campo de la Ciencia. Sobre todo, en las dos últimas décadas se ha producido un adelanto rapidísimo en el ramo de los inventos científicos y su aplicación. ¿No hemos visto toda la transformación que la radio ha operado en el mundo? Hoy podemos escuchar las principales emisoras del mundo. Los viajes, por mar y por tierra, que antes duraban días pueden hoy realizarse en aeroplano en menos de la cuarta parte del tiempo que antes requerían. La Ciencia ha unificado al mundo. También debemos a la Ciencia la invención de máquinas de un tipo tras otro que proporcionan toda clase de productos. Tan es así que hay tal plétora de mercancías que lo que falta son gentes lo bastante adineradas para comprarlas.

Conviene advertir que esta labor realizada por la Ciencia, de estrechar los lazos entre las naciones, se ha limitado a estrecharlos materialmente, pero no las ha unido en espiritual amistad, sino todo lo contrario, puesto que con sus inventos ha fomentado el feroz recrudescimiento de la competencia. El progreso agrícola e industrial de muchos países produce más de lo que sus habitantes pueden consumir, y de aquí la necesidad de buscar mercados extranjeros. En consecuencia, ha surgido entre las principales naciones de Occidente, a las que se agregó el Japón, una rivalidad feroz, pues cada una de ellas busca nuevos mercados. ¿Cuál será el inevitable resultado de esta brutal competencia por los mercados? La guerra. Porque en lo sucesivo todas las guerras serán el resultado del choque de encontradas políticas comerciales. La Gran Guerra de 1914 tuvo por causa fundamental las rivalidades de ciertas naciones por dividir y subdividir el mundo, como campo de explotación para sus industrias.

Hoy día el espíritu de competencia es aún más violento que en 1914. El Japón con su vasta organización industrial, ha entrado en escena. La guerra aparece ahora más espantosa que en 1914, porque la Ciencia nos ha proporcionado explosivos más destructores, aviones de bombardeo todavía más veloces y gases ponzoñosos que matan horriblemente. Mientras por un lado ha contribuido la Ciencia al progreso de la Humanidad con sus intenciones bienhechoras, que hacen posible el crecimiento de dos espigas donde antes sólo crecía una, y detienen los estragos de muchas enfermedades, por otro lado ha introducido nuevos medios de muerte y nuevas maneras de atormentar a gentes indefensas.

Tal es nuestro mundo de hoy. Y en este mundo de paro forzoso, de pobreza, del temor a la guerra, los estadistas piensan qué es lo que deben de hacer. Prueban tal o cual remedio, pero nuestros sufrimientos no disminuyen y todos seguimos preguntando: “¿Qué camino abierto hay y quienes nos conducirán a la tierra prometida?”.

Al punto respóndome yo aquí: “No nos conducirán a la Tierra de Promisión los individuos característicos de nuestro actual tipo de Humanidad”. Os pondré ejemplos: La Sociedad de las Naciones podría hacer mucho para conducirnos a la Tierra de Promisión; pero la Sociedad de Naciones tal como es hoy día, con su actual mentalidad y sus actuales representantes, no puede darnos lo que el Mundo necesita. Ciertamente tiene cada nación estadistas que ofrecen sus soluciones, pero estas se contradicen unas con otras, República, fascismo, estado totalitario, comunismo, monarquía constitucional y distintos sistemas de control monetario, son los varios remedios ofrecidos. Pero ni el actual tipo de republicanism, ni el de fascismo, ni el de comunismo, aun en sus más ideales aspectos, pueden curar nuestros males ni proporcionarnos el dichoso mundo que anhelamos. Tampoco darán este resultado los remedios económicos que se preconizan. Lo que necesitamos no son nuevos sistemas, sino Hombres nuevos. Necesitamos Hombres que consideren los problemas desde un nuevo punto de vista, y han de ser Hombres representativos de un nuevo tipo de Humanidad, la Humanidad intuitiva.

Para comprender las características de este nuevo tipo de Humanidad, es necesario el somero examen de los tipos de Humanidad hoy existentes. Permitidme, pues, que dedique algún tiempo a señalar las características de los actuales tipos de Humanidad que no pertenecen a la Humanidad intuitiva.

Hoy disponemos de abundante documentación con qué reconstruir la pasada historia del género humano; examinando dicha documentación, vemos que la primera etapa está representada por Hombres en quienes el apasionamiento prevalece en la solución de todos los problemas. Para el salvaje, así como para todo aquel cuyas reacciones están todavía en aquella primitiva etapa, sus juicios y acciones se rigen siempre por la tónica de sus emociones. El “me gusta” y el “no me gusta” le bastan como método para resolver sus problemas. En esta primera etapa la Humanidad es pasional.

Ahora bien; una de las formas más hondas de pasión es el patriotismo; pero si el patriotismo es tan sólo apasionado, entonces fácilmente se convierte en un patriotismo de odio contra todo el que no está dispuesto a aceptar determinado tipo de patriotismo que un grupo desea imponer sobre todos los demás. En esta etapa se recurre, como único medio de solución, al argumento violento y la lucha armada y se rechaza de plano todo intento de estudio intelectual, sosegado y juicioso, de una diferencia, como si no pudiera ofrecer solución. No se acepta la mentalidad como elemento de juicio. El escritor inglés Barrie ha representado muy bien este tipo de Humanidad, la Humanidad apasionada, al describir en una de sus obras a un muchacho que siempre estaba peleando. Este muchacho, dice Barrie, “era realmente de buena índole y sólo empleaba sus puños porque estaba completamente falto de imaginación y el pensar le causaba sudor; por consiguiente, la manera más fácil de hacer valer su criterio era el decir “¡Vamos a pelear!”. Tal es la actitud de las naciones del Mundo. Sus estadistas podrán pensar un tanto, pero para las masas pensar es un ejercicio desagradable y difícil. Su imaginación está aletargada. Así, pues, cuando sobreviene una crisis se levantan en armas contra la dificultad, y su única solución se resume en el grito “¡Vamos a pelear!”. En esta etapa pasional que caracteriza la conducta de la mayoría de los Hombres, aparecen aquí y allí un corto número de gentes que señalan una nueva posibilidad, porque son los precursores de la Humanidad pensadora. Cuando surge una disputa, exclaman: “Esperad un poco. Examinemos el problema y veamos cuáles son sus elementos”. Cuando la nerviosidad cunde por doquier y las decisiones dependen de la pasión, de conformidad a los principios ortodoxos del “me gusta” y “no me gusta”, se levantan unas cuantas voces para aconsejar que se estudie el problema a la luz de la razón. Pero sólo son unos pocos que desagradan intensamente a sus compatriotas. Se les llama traidores porque están en completa oposición con lo que decide la mayoría, y la mayoría no se guía más que por sus pasiones. ¿Qué ocurre entonces? Cuando un Hombre de este nuevo tipo dice: “Esperad, tratemos de comprender”, lo delatan con pasión sus oyentes. En la India se le expulsaría de su casta; nadie querría tratos con él, porque se consideraría que había sacudido los cimientos de la sociedad y convirtiéndose en un ser antisocial. Parecida suerte le esperaría en Occidente; las formas de ostracismo pueden variar, pero en todas partes la Humanidad pasional está pronta a sentirse vivamente agraviada por cualquier idea que le parezca que violenta el criterio de la mayoría, y es, por consiguiente, antisocial, según su módulo de patriotismo.

Aunque la mayoría de la Humanidad obre pasionalmente, los Verdaderos conductores de la Humanidad, no obran así, porque ya han entrado en la nueva etapa, la etapa de la Mente. Existe hoy en todas partes del mundo un número considerable de gentes que pertenecen a la Humanidad pensadora. Son ellos los creadores de nuestras Ciencias y filosofías. Por el proceso mental hemos logrado dominar las fuerzas de la Naturaleza. Pero este dominio de la Naturaleza no ha sido completamente beneficioso. Ha introducido un sistema industrial que dio por resultado la concentración en pocas manos de la potencialidad productora, hasta entonces patrimonio de muchos productores individuales. El sistema de fábricas, que multiplicó los productos, creó al propio tiempo nuevas necesidades, sumiendo a millones de obreros en una especie de esclavitud que en muchos aspectos difiere muy poco de la esclavitud entre los salvajes. El despertar de la Ciencia, como sus descubrimientos, ha engendrado el espíritu de la agarrotadora competencia. El desarrollo de la Mente nos trajo cosas buenas y cosas malas; en la actualidad predominan las malas. Observemos que una característica de la Mente es que divide. La crítica, para la mayoría de las gentes consiste en notar primero aquello en que disienten y en último lugar aquello en que concuerdan. La mentalidad abunda hoy por doquier en nuestros estadistas y en los llamados “dirigentes”; pero su visión mental no les conduce a una política unificadora. Tan sólo el temor les mueve a unificar temporáneamente su pensamiento. Cuando una nación teme que su existencia esté amenazada por otra nación, entonces sus dirigentes se unen.

No es que la Mente sea incapaz de unión, sino que para capacitarla ha de ser absolutamente impersonal. Los científicos se ponen siempre de acuerdo, en su comprensión de las leyes de la naturaleza, porque no piensan del modo corriente, sino como máquinas intelectuales desapasionadas, sin enlace alguno con ninguna esfera de emoción. Los científicos se unen porque están desapasionados y su unión sólo dura mientras se mantienen desapasionados. Desde el momento en que, pongamos el caso, les invade un sentimiento de nacionalidad, la unidad peligró. Durante la Gran Guerra los científicos franceses y alemanes se mantenían unidos como colaboradores en el descubrimiento de la Verdad mientras actuaban única y exclusivamente como

científicos; pero en cuanto uno de ellos se acordaba que era francés o alemán, quedaba disuelta la unidad, porque la pasión usurpaba el puesto de la Mente.

La inmensa mayoría de la Humanidad está regida por sus pasiones; sólo una minoría pone en acción la Mente. De esta minoría, cuya mentalidad divide más bien que une, surge de vez en cuando un nuevo tipo que no pertenece a la Humanidad mental. Le caracteriza el nuevo atributo de vivir en términos de unidad mundial. Los más esplendorosos representantes de este nuevo tipo son los fundadores de las grandes religiones. Sean cuales sean los términos que emplee cada Instructor, todos ellos ven al género humano en su conjunto. Las divisiones de raza, de color, de nacionalidad, elementos tan esenciales en todos nuestros problemas, no existen para los grandes Instructores; ellos ven una sola Humanidad y no diversas gentes. Cuando hablan de Dios, es el Dios de todo el género humano, y no el Dios de una tribu, que elige como suyo a un pueblo en detrimento de todos los demás.

Permitidme una digresión para decir que si bien las grandes religiones hoy existentes fueron fundadas por grandes Instructores, no se sigue de ello que su espíritu esté representado en las religiones que hoy ostentan su nombre. Todos los grandes Instructores proclamaron una era de Fraternidad y de Paz para el mundo entero, y sin embargo, ¡cuántas religiones hoy día fomentan la guerra! Los sacerdotes cristianos bendicen las banderas bélicas; los sacerdotes hinduistas rezan por el éxito de sus guerreros y los monjes budistas, que se suponen en meditación sobre la manera de alcanzar el Nirvana, están ocupados en la lucha de los partidos políticos y del nacionalismo. Sin embargo, existe una forma de religión, nunca contaminada, y que todavía refleja el espíritu de los grandes Instructores. No es la religión de las jerarquías sacerdotales; es el misticismo de los santos. Los grandes Instructores tienen por característica común que no hablan a la Mente. Desde luego que la Mente puede comprender sus enseñanzas, pero la instancia de sus palabras y de su conducta se dirige a otra facultad que no es la Mente; es la misteriosa facultad de la Intuición.

¿Porqué? Porque en sus enseñanzas y en su conducta revelan su Intuición, no su Mente. Así por ejemplo, en el caso de Cristo se ha dicho que lo que se predicó no era del todo nuevo; muchas de sus enseñanzas pueden encontrarse en los profetas de Judea anteriores a su tiempo. Sin embargo, Cristo hizo para sus oyentes lo que no hicieron los que le precedieron, pues estos se dirigieron a la Mente de sus oyentes, mientras que Cristo se dirigió a su Intuición. El hecho más significativo en su obra es que restauró la Intuición en Judea. Esto fue, precisamente, lo que probó que era el Mesías. Muy bien lo ha dicho el poeta inglés Matthew Arnold: "Lo que dio testimonio de que era el Cristo fue que restauró la Intuición. Jesús el Cristo encontró a Israel totalmente descarriado, con interminables disquisiciones sobre Dios, la ley, la Justicia, el Reino, la Vida Perdurable; pero sin Verdadera penetración de ninguno de estos conceptos".

Lo mismo ocurría en Benares, en la India, cuando apareció Gautama Buda. Las magníficas enseñanzas de los Upanishads eran conocidas y comentadas; por doquier había instructores religiones que discutían sobre la naturaleza del Absoluto y el camino del Nirvana. Vino el Buda y volvió a manifestar las antiguas Verdades; pero apeló a la Intuición, y Hombres y mujeres consideraron la Vida desde un nuevo punto de vista, como si la observaran por primera vez. Le comprendieron quienes supieron liberarse de la red mental de las antiguas tradiciones, y una vez libres se dejaron influir por la personalidad del Instructor, por su ternura y universal compasión. Buda encendió la llama de la Intuición en sus oyentes.

Así ocurre en todas partes siempre que aparece un Gran Instructor. Su obra no consiste en plantear problemas que la Mente es capaz de resolver, sino que consiste en trascender la Mente y apelar a la misteriosa facultad de la Intuición. Los Grandes Instructores son los supremos representantes de la humanidad intuitiva, pues ven la unidad y no la diversidad, y proclaman el gozo de amar y de servir a todos, sin distinción de raza ni de religión.

Así, pues, los Grandes Instructores representan el nuevo tipo de humanidad a que denomino Humanidad Intuitiva. Pero vemos otros que también pertenecen a esa nueva humanidad, aunque no han alcanzado el nivel de perfección de los Grandes Instructores. Son los artistas, pues el artista actúa más bien por medio de su Intuición que de su Mente. Los poetas, los músicos, los cantores, los dramaturgos, los maestros de danza, los pintores, los escultores, los artífices de varios oficios artísticos, todos éstos experimentan con una nueva forma de reaccionar ante la Vida. Nuestra reacción habitual es por medio de las emociones o de la Mente, pero el artista trata de reaccionar por medio de la Intuición. Cada poesía y cada drama, cada sonata y cada canción, cada pintura o cada estatua, cada danza, ya sea infantil o de un coreógrafo, es, fundamentalmente, una interpretación de la Vida. Cuando más egregio el artista más profunda es su revelación de la Vida. Los artistas pertenecen a la Humanidad Intuitiva. Por esto, como artistas, no tienen nacionalidad; trascienden las líneas que dividen razas y religiones, cuando reaccionan a la Vida con su Intuición. Tratan de ver la Vida desde el centro y no desde la circunferencia.

Ha llegado ya la hora de preguntar: ¿Qué es la Intuición?

Si es una facultad distinta de la Mente, y no obstante es un medio seguro de juzgar las cosas ¿qué es pues, esta misteriosa facultad de la Intuición?

La palabra Intuición se emplea en muchos sentidos; yo aquí me limitaré a la definición que da Espinoza, el filósofo judío, porque me parece la más próxima al descubrimiento de su Verdadera naturaleza.

Espinoza nos dice que existen tres etapas en el Conocimiento o cognición. La primera es el Conocimiento empírico; es el adquirido por el testimonio de los sentidos. Sabemos que el fuego quema, pero no sabemos por qué. Quema por la combinación química del carbono y el oxígeno. Sabemos que el Sol sale por la mañana y se pone al atardecer porque nuestros ojos lo dicen, pero no sabemos por qué, a menos que hayamos estudiado astronomía y sepamos que la tierra gira sobre su eje. Sin embargo, este Conocimiento adquirido por medio de los sentidos nos dice que el sol que se pone esta tarde volverá a salir mañana. Toda esta clase de Conocimientos empíricos nos bastan para la mayoría de las cosas de la Vida cotidiana.

Existe una segunda y más elevada etapa en el Conocimiento, que comienza cuando la Mente examina, analiza y juzga. Cuando se acopian cuidadosamente los hechos, cuando la observación es impersonal y ya no se perciben los hechos aislados unos de otros, sino agrupados por categorías; entonces la Mente puede deducir las leyes que relacionan aquellos hechos; la Mente los coloca en cierto orden en un proceso que abarca todo el mundo. Tal es el método científico de adquirir Conocimiento.

Existe una tercera etapa a que puede remontarse la Mente, cuando, reunido todo el material, relaciona sus partes por medio de leyes. Cuando la Mente contempla los hechos ordenados dentro de un marco de unidad, entonces resplandece sobre la Mente la nueva facultad de Intuición. La Conciencia comprende entonces la Verdadera e íntima naturaleza de cuanto la Mente contempla. Porque existe en lo profundo de la Vida una corriente escondida, oculta para la Mente, pero perceptible para la Intuición.

El filósofo francés Bergson expone claramente por qué la Intuición es superior a la Mente en la comprensión de los procesos de la Vida, e insiste en la necesidad de la Intuición para la completa comprensión. Nuestra Inteligencia – dice Bergson – trata todos los factores que tiene ante sí como si se tratara de unidades separadas, como si cada uno pudiera dividirse y subdividirse en factores cada vez más tenues. La inteligencia es excelente cuando se trata con sólidos inertes, pero cuando trata de explicar la Vida y pensamiento, que no son sólidos inertes ni partículas divisibles, entonces la inteligencia se extravía, porque propende a tratar todas las cosas como si estuvieran hechas de materia inerte. El resultado de ellos es que la inteligencia no ve por todas partes más que un mecanismo sin Vida. Por su propia naturaleza, la inteligencia es incapaz de comprender la Vida, y, por lo tanto, es necesario que a Intuición venga a llenar las lagunas que deja la inteligencia. Esto es lo que expone Bergson.

Ahora bien; dice Bergson que esta Intuición es una forma sublimada del Instinto, que para el animal es un medio de Conocimiento más seguro que el Conocimiento intelectual. Todos sabemos cuán maravilloso es el Instinto de los animales. La paloma mensajera trasladada a centenares de kilómetros de distancia de su palomar, sabe en qué dirección ha de volar. Las anguilas adultas de los ríos de Escandinavia, de Inglaterra o del Mediterráneo saben que cuando llega la época de la cría han de dirigirse a determinada región del Atlántico – el llamado Mar de Zaragoza – y allí emigran todas. Hace un par de años, en el mes de Junio, un gato llamado Bonzo fue trasladado en automóvil, dentro de una cesta, desde cierta ciudad de Inglaterra a otra ciudad distante 73 millas. Nunca había salido de la casa donde nació y, sin embargo, tres días después reapareció en su casa “en magníficas condiciones, las patitas tiernas sin heridas, pelo lustroso, casi grueso y muy alegre por encontrarse nuevamente en su casa”. Este gato había tenido que cruzar una bulliciosa ciudad, o bien dar un rodeo por una carretera nueva que se apartaba de la ciudad, había tenido que cruzar un extenso amarjal y bordear otro. ¿Cómo supo el gato encontrar su camino? Por Instinto.

Los seres humanos hemos perdido la facultad del Instinto; hemos desarrollado la inteligencia, pero a veces envidiamos la notable habilidad de los animales de saber las cosas por Instinto. Es claro que el desarrollo de la Mente en el Hombre, a medida que salió del animal, representa un avance en la evolución. Pero es un avance parcial. Este es el tema de Bergson. El siguiente adelanto del Hombre consiste en desarrollar la Intuición.

Ahora bien; Bergson sostiene que la Intuición está relacionada con el Instinto; que es una forma sutil y dormida del Instinto. Esto no es mi concepto de la Intuición, pero haremos caso omiso de esto por el momento. Mientras el Instinto se convierte en acción, dice Bergson, tal como ocurre en el animal, el Instinto nada más. La inteligencia humana puede a menudo superar el Instinto del animal. Pero el Instinto está basado en la Vida; no obra de modo mecánico, como si fuera una máquina accionada por las fuerzas de la materia, porque el Instinto es algo vivo. Por consiguiente, si el Instinto que reside en el Hombre puede aprovecharse, como un resorte, para dispararlo hacia el Conocimiento y no hacia la acción, como ocurre con el animal, entonces el Instinto del Hombre puede transformarse

en Intuición. Cuando se opera esta transformación, “la Intuición nos conduce a la Verdadera interioridad de la Vida con tanto éxito como la inteligencia nos guía hacia los secretos de la materia”. Permittedme ahora que exponga lo que el teósofo dice sobre la Intuición.

El teósofo mantiene que el Hombre es un ser muy complejo, constituido por siete elementos llamados Principios. El primero es su cuerpo físico; el segundo es una contraparte más tenue de ese cuerpo llamado el doble etéreo; el tercero es el Prana, el principio de Vida o vitalidad que mantiene a ambos unidos. El cuarto principio es el cuerpo de deseo o naturaleza astral. Después sigue Manas o la Mente; el sexto principio es el es Buddhi: la Intuición; el séptimo y último es Atma, la naturaleza divina del alma, inseparable de la naturaleza de Dios.

En la enumeración de estos principios, la naturaleza de Buddhi o Intuición ha sido estudiada por los teósofos, quienes afirman que la Verdadera Intuición no resulta de proceso alguno de la Mente. La Mente conoce por medio del examen externo de un objeto; la Intuición conoce por su identificación con el objeto. La Intuición conoce por identificación y no por análisis. Pongamos un ejemplo: para que la Mente pueda examinar a un individuo, debe recoger material referente al mismo, datos de su naturaleza física, sus reacciones emotiva, la naturaleza de su Mente y, en lo posible, un compendio de su pasado. Entonces la Mente establece un juicio sobre el material acopiado. Pero, como todos sabemos, el juicio mental que los demás forman de nosotros está siempre muy lejos de la Verdad. El juicio de los demás es a menudo duro e injusto; no nos conocen realmente. Hasta aquí el proceso mental.

Pero el proceso de Intuición es distinto. De modo misterioso se identifica con el individuo que quiere comprender. Se identifica con sus pensamientos y emociones. Sabe todo lo que el individuo ha sido en lo pasado; pero, además, por identificación con sus aspiraciones y ensueños, conoce al Hombre que por un examen mental no pudo revelar. La Intuición, por lo tanto, llega a un juicio más completo y exacto del individuo.

Esto explica el misterio de por qué rebosa caridad el juicio de las grandes almas que poseen una profunda capacidad de compasión, como los insignes santos. No condenan al pecador, porque no solamente comprenden lo que hizo, sino también lo que aspiraba a ser. Cristo no condenó a Magdalena, porque no solamente conocía su desordenada Vida, sino también las causas de ella. Cristo dijo: “Sus muchos pecados son perdonados porque amó mucho”.

Cuando lo que queremos comprender es la Vida y no la materia inerte, entonces sólo la Intuición puede proporcionarnos una comprensión Verdadera. Por lo tanto, cuando Bergson dice que “la Intuición nos conduce a la Verdadera interioridad de la Vida con tanto éxito como la inteligencia nos guía hacia los secretos de la Materia”, revela una gran Verdad en cuanto a la forma de operar de la Conciencia cuando su operación está dirigida por la Intuición.

La Intuición ya ha empezado a manifestarse en alguno de nosotros. Percibimos vislumbres de ellos, especialmente en lo que se refiere a las personas que nos agradan o nos desagradan a primera vista sin saber por qué. Me refiero a las ocasiones en que estas impresiones no tienen por base reacciones emotivas. Cuando la Intuición opera, nuestra impresión de agrado o desagrado, es serena y exenta de emoción. Es una reacción que no se debe al impulso, que es, en realidad, una manifestación de nuestra naturaleza emocional o del deseo. Todos podemos recordar ejemplos de Intuición que se han presentado en nuestra Vida; sabemos de uno u otro modo; pero este Conocimiento no podemos justificarlo ante la Mente, porque no dispone de todos los factores necesarios para un examen. Pero nuestra Conciencia, por algún medio misterioso, se ha identificado instantáneamente con aquellos factores ocultos, y así la Intuición percibe la Verdad.

Esta cualidad de la Intuición la ha descrito Lawrence de Arabia al definir la Intuición como “el impercibido ante – conocimiento”. Los árabes, entre los cuales actuaba, no llegaban a sus conclusiones como resultado de una actividad mental, pues Lawrence dice de ellos que “sus convicciones eran instintivas y sus actividades intuitivas”. Los norteamericanos reconocen esta facultad de la Intuición y la llaman “hunch”, “el empujón”. Si preguntáis a un hombre de negocios por qué, en un momento dado, obró de manera inesperada sin que cosa alguna pudiera influir en su ánimo para ello, os contestará: “fue el empujón”. Es lo mismo que en español se llama una “corazonada”.

Es bien sabido que la mujer es más intuitiva que el hombre. La carencia de la rígida mentalidad que caracteriza al hombre le permite a la mujer ser más intuitiva. Es verdad que a menudo el juicio de la mujer no es más que prejuicio o impulso, pero no me refiero a estos casos al hablar de la Intuición de la mujer. El impulso repite sus incitaciones una y otra vez si de repente no las obedecemos. En cambio, la Intuición tiene dos señaladas características: una es que queda indiferente tanto si obedecemos sus mandatos o no, y la otra es que habla una sola vez. La voz de la Intuición es como el dictamen del Tribunal Supremo, que pronuncia su sentencia una sola vez y es independiente de los efectos de la sentencia sobre las partes contendientes. Por lo tanto, conviene estar atentos a los mandatos de la Intuición cuando habla. La sabiduría de los siglos se encierra en el proverbio español que dice: “El consejo de la mujer es poco, pero quien no lo toma es un loco”.

Desgraciadamente, la Intuición, ese juez que nunca yerra, no nos habla a todas horas ni a veces cuando lo necesitamos. Hablará cuando vayamos a hacer alguna acción trivial, y en cambio, guardará silencio cuando algún acto de trascendencia nos preocupa. No sé por qué será. Llego ahora a la parte más importante de mi discurso y es: ¿Cómo podemos despertar la Intuición? Hay varias maneras y una de ellas es contemplar el Todo.

Si al estudiar un asunto recogemos todos los datos y los presentamos ante la mente, y los examinamos, y reflexionamos sobre ellos una y otra vez, entonces, a veces, como un relámpago, la Intuición revela gran verdad. Así le ocurrió a Roberto Mayer, al que debemos la idea de la ley de la conservación de la Energía. Dice IEM en su obra "Energetics".

Esta ley no derivó gradualmente, a fuerza de darle vueltas en su mentalidad, del concepto de la fuerza transmitido del pasado, sino que pertenece a aquella clase de ideas concebidas intuitivamente, las cuales, engendradas en otras esferas de orden mental, sorprenden al pensamiento, por decir así, obligándolo a transferir sus heredadas ideas, de conformidad con aquellas ideas intuitivas".

Fue en un relámpago de Intuición que Darwin alcanzó la solución del problema relacionado con el origen de las especies. Darwin, que era un magistrado de campaña (algo así como un Juez de Paz), guiaba su coche de regreso a casa después de haber asistido a una asamblea de magistrados, cuando "inesperadamente surgió en su mente el pensamiento creador acerca de la divergencia de caracteres".

Fue como en un relámpago que Kekulé vio la explicación de la tetravalencia del átomo del Carbono. Alfredo Russel Wallace, que descubrió el hilo del origen de las especies al mismo tiempo que Darwin también concibió en un relámpago su explicación. Desde ese momento en adelante fue cuestión de apenas unos pocos días de trabajo para disponer el material coleccionado por él durante muchos años para dar forma a la nueva verdad.

No importa cuál sea el carácter del problema planteado ante la Mente; siempre que la Mente tenga ante ella combinados todos los factores para formar un conjunto, una totalidad, la Intuición podrá manifestarse y demostrar cómo todas aquellas ideas forman un conjunto vivo y dinámico en forma tal que el intelecto nunca pudo prever.

Una segunda y más fácil forma de desarrollar la Intuición consiste en cultivar la benevolencia.

Cuanto más nuestro carácter se incline a la benevolencia y a la compasión y se aparte de criticar a los demás, tanta más probabilidad habrá de que se manifieste la Intuición. Nuestras emociones, si bien pertenecen al mundo astral, pueden, sin embargo, relejar la Intuición que proviene de dos mundos allá. Pero para que esto ocurra es preciso que en nuestras emociones predominen la benevolencia, la pureza y la serenidad. Así como un estanque de aguas claras y completamente tranquilas puede reflejar perfectamente la luna, que se halla a miles de kilómetros de distancia, así también un temperamento emocional sereno y bondadoso se convierte a menudo en espejo de las grandes intuiciones del Alma que vive en un reino superior al de las emociones.

Un tercero y muy hermoso medio de desarrollar la intuición es la comunión con la Naturaleza.

Damos el nombre de Naturaleza a los montes, las nubes, el mar, las ingentes montañas, los lagos, las cascadas, los bosques, las praderas. Todo esto no son meros objetos formados de materia, sino que cada uno contiene una Vida, partícipe de la Vida Universal. Cada uno de estos objetos es un aspecto del Todo. Así pues, si nos identificamos con ellos nos enlazarán con el significado de la Totalidad. Para ello es preciso que seamos responsivos respecto de la Naturaleza, que sepamos simpatizar con todos sus aspectos. Cuando así lo hacemos, al hallarnos en una montaña, o ante un lago, o a la orilla del mar, bien cuando contemplamos una flor, percibimos suavemente un misterio exquisito. Es como si una voz nos hablara, en una nueva lengua, del Amor, de la Belleza, de la Inmortalidad, de Dios.

Cuando pensamos en la Naturaleza, no debemos limitarla a sus aspectos poblados de plantas y de animales. Un desierto sin una brizna de hierba es también la Naturaleza. También en un desierto, solo, aislado de todo ser viviente, puede el Hombre comulgar con la naturaleza, tal como Byron lo describe en estas palabras:

*"Endoselado por el azul firmamento,
sin nube, tan claro y bello en su pureza,
que solamente podía percibirse a Dios en el Cielo."*

Un exquisito medio de desarrollar la Intuición es por medio del Arte.

Todo Arte es una recreación, un volver a dar forma a nuestra percepción de la Vida. En nuestra normal disposición de ánimo, cuando las emociones y la inteligencia dirigen nuestras reacciones, la Vida se nos presenta como placer y dolor, felicidad o desgracia, éxito o fracaso, acción y objeto de la acción.

Nuestra Vida es lucha y el drama que representa se desarrolla en un escenario; el nacimiento es el primer acto y la muerte el último. Nuestra labor como artistas consiste en dar nueva forma a todas nuestras impresiones emocionales y mentales hasta engendrar algo nuevo. Lo que así creamos habla de la bondad en el corazón mismo de la maldad, de inmortalidad en el corazón mismo de la

Muerte, de la Divinidad entronizada en la Humanidad del Hombre y de la Belleza que todo lo envuelve por doquier y en todo momento.

Toda esta transformación puede realizarse únicamente por Intuición. Aprendemos los rudimentos del Arte de volver a crear la Vida cuando escribimos una poesía, o cantamos una canción, o representamos un papel en una obra o componemos música. Para hacer todo esto artísticamente hemos de descubrirnos a nosotros mismos transitoriamente en un nuevo papel, como espectadores y no como actores en el drama de la Vida, como el Alma Inmortal y no como el cuerpo perecedero. Debemos conocer la Vida como "Idea" y no solamente como "Voluntad". A medida que reaccionamos ante la Vida de un modo poético, artístico, musical, nuestra Intuición crece y con el crecimiento de la Intuición creamos obras de Arte que revelan significados contenidos en la Vida que antes jamás se revelaron.

Puesto que el Arte revela lo que es la Vida en términos de Intuición, entre los más insignes artistas del Mundo se encuentran los grandes Instructores religiosos. Ellos contemplan la Vida desde el centro y no desde la circunferencia, no la contempla a través de la Mente, sino con la Intuición. Por consiguiente, ven en primer lugar la Unidad y después la Diversidad. Un Gran Instructor cuando se dirige a sus oyentes no los ve como Hombres diferentes a él, sino como iguales a él. Levanta al oyente hasta su propio nivel de perfección y consigue que el pecador sienta que es fácil practicar la Bondad. A la luz de su bendita presencia, muere todo deseo menos la de parecerse a El. Cuando Cristo dijo: "Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón y hallareis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es suave y ligera carga", se dirigía al Cristo niño que ha de nacer en todos nosotros y apelaba a nuestra Intuición para que dijera: "¡Quiero!". Así, pues, a mi entender, no cabe mejor definición de la Intuición que considerarla como "el principio Crístico".

El que percibe en sí mismo el nacimiento de este Principio Crístico ya no ve la Vida desde el punto de vista de la Ciencia ni de la Filosofía, sino desde un nuevo punto de vista. Ve la Unidad de todo cuanto vive, una Totalidad palpitante de Vida, que crea y vuelve a crear de nuevo, revelando siempre una nueva Bondad y nueva Belleza. En cada problema que se presenta a la Mente, ve con relampagueante Intuición el fin antes del promedio; en la tormentosa angustia de una situación extrema, distingue en un relámpago la vía recta de la vía errada. En todo momento, el principio Crístico que mora en él muestra "El Camino" en todos los problemas de la Vida, en el comercio, en la política, en la Ciencia y en sus propias reacciones ante el gozo o la aflicción.

Propongámonos crear la Nueva Humanidad Intuitiva porque establecerá un mundo perfectamente organizado, en el que todo Ser Humano tendrá, no sólo lo necesario para su sustento y satisfacción de las necesidades materiales, sino oportunidades para la propia expresión y para descubrir la Vida en toda su Belleza y Dignidad. Este mundo de nuestros ensueños, no está lejano si al menos sabemos empezar bien con los niños, pues si logramos hacerlos intuitivos, cuando sean Hombres alcanzarán el éxito allí donde nosotros hemos fracasado.

Desde luego, esto requiere una completa reforma de la Educación.

Lo que un tiempo dijo Lavissee, sobre la Educación, sigue siendo verdad hoy aun respecto de nuestros más adelantados métodos: "Un fragmento de Educación se introduce en un fragmento del niño".

La educación de los niños hoy es de todo punto mental.

Como Bergson diría, al niño se le enseña a tratar solamente con "cuerpos inertes". El maestro no le dice al niño lo que es la Vida como tal Vida, como un proceso que no está inerte ni puede medírsele por gramos, ni metros, ni litros. ¿Qué se le enseña de la Vida como Sentimiento, como Belleza y fealdad, como Heroísmo y Abnegación?. Lo más que puede hacer el maestro es presentar estos aspectos de la Vida, al niño como conceptos, como marbetes intelectuales. Así ocurre que cuando hemos terminado nuestra educación en la escuela y en Universidad, hemos de reeducarnos para comprender lo que los hombres son como seres vivientes; para comprendernos a nosotros mismos como un conjunto desconcertante de Bien y de Mal, de Valor y Cobardía, de Pasado, Presente y Porvenir.

Si queremos hacer a los niños intuitivos hemos de representar ante sus Mentes pocos factores y cuidadosamente escogidos y expuestos dentro de un marco de Belleza. Lo que el niño debe decir, en primer lugar, es "¡Qué hermoso!" y no "Qué lógico". Hacer que el niño perciba primero la Belleza en cada problema que se le presente ante la Mente, y así podrá actuar su Intuición. Entonces el niño ve instantáneamente el fin antes de llegar al promedio, y ni siquiera necesita conocer el promedio. Para que este completo desarrollo de la Intuición se realice en el niño, se le debe rodear de Belleza, especialmente en la Escuela. Se le debe enseñar a crear poesía, a pintar, a moldear estatuitas, inventar, danzas, a escribir dramas y ser actor de ellos. De mil maneras un maestro entusiasta, con visión del nuevo niño, hijo de la Intuición sabrá cómo modificar y reconstruir la Educación. Si el maestro es Intuitivo, todo lo demás vendrá por añadidura. El maestro sabio en este asunto, creará los medios.

Cuando los niños, educados de modo que sepan servirse de la Intuición, lleguen a la virilidad y sean dirigentes de nación, construirán el nuevo mundo de felicidad para todos. No pensarán según las antiguas normas de clase o de partido; no sólo percibirán mentalmente el conjunto de la nación, sino también, con profunda emoción, la unidad nacional y se regocijarán en ella continuamente. Porque la intuición y la unidad son recíprocamente complementarias. No se encontrarán perplejos e indefensos ante las dificultades. Así como los gobernantes dicen: "No podemos", los niños cuando sean estadistas dirán: "Podemos y queremos".

Además, puesto que cada nación depende ahora, para su bien y para su mal, de las demás naciones, los gobernantes intuitivos sabrán que los problemas de una Nación sólo pueden resolverse satisfactoriamente cuando se consideran en conjunto con los problemas de las demás naciones. Entonces, la Liga de las Naciones no será una sociedad de pueblos rivales y suspicaces, sino una hermandad en donde cada miembro se da cuenta que aumenta su fuerza y su inspiración al trabajar en armonía con todos los demás.

Aunque la idea de Nación seguirá siendo el centro del círculo de las actividades de cada pueblo, se darán cuenta que la Nación es un círculo dentro de otro mayor que es el Mundo. Los Hombres sabrán que todo problema nacional es parte de un problema mundial. Su concepto de lo Justo e Injusto, del Honor y del Deshonor, estará moldado por la percepción de una Conciencia Mundial, de una Necesidad y de un Plan mundiales.

Mientras esperamos el día en que los niños establezcan el nuevo mundo, podemos hacer mucho para ponernos inmediatamente en situación de comprender la Vida rectamente y alcanzar tanta dicha y prosperidad como podamos. Para ello hemos de convertirnos en aquellos niños de quienes Cristo dijo que "de los tales es el Reino de Dios". El principio Crístico que subyace dormido en nuestro interior, despertará cuando nos abramos al influjo de la Naturaleza; cuando creemos obras de arte en alguna forma, y especialmente cuando sintamos benevolencia hacia todo cuanto vive: Hombres, aves y bestias.

Cuando seamos intuitivos, comprenderemos por vez primera todo el caudal de potencialidad de Bondad y Belleza residente en nuestro interior. Entonces no necesitaremos hablar de Dios porque le conoceremos: no necesitaremos ir a buscarle en la Iglesia ni en el Templo, porque lo habremos hallado en nuestro Corazón, en nuestra Mente y en la Faz de nuestros prójimos.

El poeta Tensión describe la visión del Hombre intuitivo:

*"Veía más allá de la Vida y de la Muerte.
Más allá del Bien y del Mal;
veía más allá de su propia Alma.
Ante él, como abierto pergamino,
estaba la maravilla de la Infinita Voluntad".*

Cuando ante los ojos de nuestra intuición se revele la Voluntad Infinita, como abierto pergamino, entonces la fuerza de aquella Voluntad y su Sabiduría estarán a nuestro lado para sostenernos, mientras hagamos nuestra obra.

He aquí el provenir del Hombre Intuitivo en futuros días; pero la misma Inspiración e Iluminación podemos recibir desde ahora, si juzgamos a los Hombres y a los acontecimiento a la Luz de la Intuición; si sabemos ver la Belleza por doquiera; si sabemos amarlo todo.